

Paradojas, dudas e insinuaciones. Un debate sobre las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

Marcelo Urresti

Nunca es fácil reflexionar sobre fenómenos recientes. Cuando ello sucede, se corre por lo general el riesgo de valorar elementos y tendencias que pueden apagarse de inmediato o perder el peso específico que aparentan y, de modo contrario, también son altas las probabilidades de no percibir emergentes o factores que ganarán importancia en breve tiempo. Lo más saludable, como aconsejaron algunos pensadores señeros de la modernidad, es esperar el desarrollo de las tendencias para contabilizarlas luego consolidadas y proyectar su supervivencia en un terreno menos deslizante.

La tecnología suele producir súbitos encantamientos que rápidamente se evaporan con la aparición de nuevos procedimientos o instrumentos que los suplantán de inmediato. Es el ámbito del reemplazo y la aceleración de las innovaciones, algo que expresa su carácter más definitivo, incluso cuando los patrones más básicos permanecen intactos en su estructura. La tecnología es la aplicación de conocimientos materializada en sistemas y herramientas que multiplican las capacidades humanas y, en la medida en que maximiza esas potencias, se convierte en un recurso especial para los procesos productivos y económicos cuando permite acrecentar volúmenes producidos, mejorar procesos, crear nuevas cadenas de valor y ampliar márgenes de ganancia. En las sociedades contemporáneas es un factor clave en el crecimiento económico, situación que tiende a multiplicar la inversión que recibe, con el consiguiente desarrollo diferencial respecto de otros factores con los que compete. Esa condición convierte a la tecnología en un factor hipertrofiado, asolado por las innovaciones incrementales y radicales que acrecientan su volumen y sus constantes revoluciones cíclicas, instaurando un proceso permanentemente acelerado.

En el caso de las llamadas nuevas tecnologías de comunicación e información, se hace alusión a diversos procesos profundamente relacionados entre sí: el primero y más visible es el de la irrupción de

herramientas vinculadas con la comunicación hombre-hombre, hombre-máquina y máquina-máquina que, en todas las combinaciones y direcciones planteadas, permiten la telepresencia, la teleinteracción y la teleacción de unos y de otros en tiempo real. En los tres casos se trata de la superación de la distancia, el acercamiento y la conexión de instancias que son remotas en el espacio concreto, hermanadas y contiguas en un espacio virtual, fantasmático o simulado de acuerdo con el paradigma ontológico en el que se incluya al intérprete, situación que instaura una forma de realidad paralela o secundaria con efectos reales sobre lo que desde un sentido común fenomenológico se entiende como realidad. Es decir que en virtud de estas herramientas se ha ampliado el terreno mismo de lo que reconocemos como real, extendiendo sus fronteras tradicionalmente reconocidas como tales y debilitando los consensos heredados sobre la consistencia ontológica de una realidad mucho más desdibujada que aquella que conocieron las generaciones previas. Gracias a estas tecnologías el espacio se ha comprimido notablemente y el tiempo se ha acelerado de manera vertiginosa.

El segundo gran elemento definitivo de estas tecnologías es la aparición de una forma inédita de inscripción de la información que ha alterado por completo el estatuto de realidades altamente eficaces y reconocidas en un mundo de objetos que adquirieron todo su sentido en la repetida y larga experiencia de nuestras sociedades. Con ello, se hace referencia a lo que se conoce como digitalización. De acuerdo con esta operación de traducción, poco a poco, el mundo de los textos impresos, la música y el sonido en general, el universo de las imágenes y las secuencias audiovisuales, todas ellas emergentes de soportes materiales claramente identificables y tangibles, se van convirtiendo en información digitalizada, cambiando su estatuto objetual y entrando así en redes de distribución que facilitan su circulación veloz, su compresión como paquetes hipertextuales o datos digitales, que en virtud de ello pueden atravesar enormes distancias y situarse en lapsos infinitesimales en localidades remotas, en múltiples puntos al mismo tiempo, casi sin costos y sin pérdidas de información. Esta eficiencia en la logística va engullendo poco a poco el amplio acervo de la cultura objetivada por siglos de paciente acción humana, dejando como saldo un gigantesco reservorio en

constante ampliación de información accesible con el recurso sencillo de herramientas amistosas.

El tercero de los elementos es el impacto de estas tecnologías sobre la configuración misma del mundo de la vida y de la experiencia cotidiana de la mayoría de la población de las sociedades avanzadas y de aquellas otras que más lentamente se integran en las autopistas informativas. Se trata de los usos y las aplicaciones que van afectando las costumbres de los actores sociales contemporáneos, su habitualidad y su cultura, poco a poco incluidas sin retorno en estas redes de tecnologías asociadas con las computadoras, el software y la conexión remota de las mismas vía Internet. Se puede argumentar que no se trata exactamente de una cuestión tecnológica, sino más bien de un asunto vinculado con las operaciones de usuarios parcos y poco capacitados. Esto, que es parcialmente cierto, es en realidad el correlato del funcionamiento común de estas tecnologías, que en un tiempo muy breve han conmovido los espacios de la economía, la administración pública, de las empresas y de las instituciones educativas, así como los circuitos de la cultura y las organizaciones del espacio público comunitario y estatal.

Estos tres puntos son suficientes para enmarcar este cambio portentoso de consecuencias aún inciertas y en proceso como una verdadera revolución que, además, se ha producido en dos décadas, período que aunque en términos biográficos o generacionales puede ser considerable y amplio, en los términos del desarrollo de una sociedad o de la historia de un conjunto de sociedades es irrisoriamente breve. Por esta razón es que acercarse a fenómenos como éste en términos generales, con intenciones de síntesis o buscando un panorama que agote en su estructura o que describa acabadamente la sucesión de los procesos que se desencadenan con estos cambios, puede ser una tarea desconcertante y hasta incluso temeraria. Sin embargo, el desafío que se planteó en el momento del coloquio, aunque excesivo, no carecía de razones y de interés, aún cuando se supiera de antemano que el resultado quedaría lejos de satisfacer a sus protagonistas.

En las diversas intervenciones puede notarse la multiplicidad de opiniones y el consenso improbable respecto de las preguntas planteadas. Podría decirse a modo de descargo que es temprano para llegar a

conclusiones que logren una aceptación amplia, porque aún nos encontramos en la cresta de una ola que todavía empuja y no termina de romper. Que las reflexiones totalizantes lleguen *post festum*, no debe conducir a la inhibición del proceso reflexivo, sino al desafío permanente en una saludable provisoriedad, expresión de la prudencia de los invitados que también se animaron a sumar sus preguntas más allá de sus posturas más testeadas y sostenidas con certeza y convicción en sus escritos. Las preguntas, de por sí amplias, y en conjunto casi inabarcables para cualquier especialista en el tema, no ocultaron su necesidad de posicionar liminarmente a pensadores que trabajan sólo algunas de las cuestiones requeridas, ante un conjunto de problemáticas que si bien están lejos de las explicaciones concluyentes o las posturas canónicas, si exigen un marco a partir del cual interpretar su sentido, por más que esos intentos se presenten concientemente como provisorios.

Los nudos de problemas, más allá de las preguntas y los debates a que dieron lugar, pueden organizarse en seis grandes ejes. El primero de ellos se centra en torno al rechazo de una noción que suele usarse como eslogan: la sociedad de la información. Esta expresión proviene de lo que podría catalogarse como la visión de los integrados al complejo que emerge de la inclusión masiva de estas nuevas tecnologías. El rechazo compartido se funda en que esa categoría tiende a presentar como neutro y distante, algo que es parcial y que se encuentra profundamente comprometido con una propaganda favorable a la dinámica impuesta, que oculta otros aspectos en el mero reconocimiento del peso que lo "informativo" tiene en los nuevos formatos tecnológicos de la comunicación. La desconfianza expresada actualiza el consenso anti-integrado de las ciencias sociales, carácter que no debe colocarse de manera automática en la columna del haber del segmento "apocalíptico", como suelen hacer los pensadores integrados con los críticos del discurso dominante. Es posible advertir en todos los participantes la distancia respecto de la supuesta transparencia que se pretende con la expresión "sociedad de la información". A contrario de ello, se habla de una sociedad capitalista que utiliza información masivamente, que produce información y que produce a partir de una información que tiende a acrecentar casi sin gobierno. De ahí la expresión aceptada de un

“capitalismo informacional”. Otra consideración merecieron las ideas de la digitalización, la de la transmisión electrónica de información a distancia o incluso la de las diferencias entre información y conocimiento, con las consecuentes brechas y desigualdades que suponen respecto del mero acceso y la utilización efectiva, ubicada naturalmente en otro escalón de exigencias, mucho menos común y extendido. Todas estas cuestiones, tal vez por la dinámica del debate, no tuvieron el mismo nivel de aceptación.

Un segundo eje fue el cuestionamiento generalizado de que la introducción de estas tecnologías democratice la sociedad, la cultura o el acceso al conocimiento. No es lo mismo distribuir que democratizar, ni recibir que apropiarse, como tampoco es igual el hecho de acumular que el de utilizar. Hay una diferencia importante en estos terrenos en los que la voz dominante del discurso integrado tiende a unificar bajo un paradigma de interpretación preciso: acceder, apropiarse, acumular son formas de democratizar el goce de ciertos bienes escasos, que de no mediar estas redes, tenderían a permanecer restringidos. Los invitados, lejos de oponerse a esta idea, la ponen en un contexto más amplio en el que toma otra significación: se trata en todo caso de un proceso necesario pero no suficiente, de una potencialidad que dista de ser efectiva y que, desde la perspectiva de un compromiso con una democratización sustancial, se queda a mitad de camino respecto de los fines propagandizados. Por eso se rescatan algunos usos autónomos de grupos creativos y colectivos comprometidos con la democratización de la información y la patrimonialización universal de los derechos de autor de algunas obras clásicas o de los procedimientos que emergen del copyleft y las comunidades como Linux que trabajan con programación abierta, con intercambios solidarios y exteriores al sistema comercial en un claro ejemplo de democratización en aumento. Las herramientas por cierto hacen factible estas formas alternativas de apropiación y multiplicación, algo que convive con el esquema general descrito de capitalismo informacional, en el que también proliferan verdaderos nichos de acción contracultural. Así, sin mayores esfuerzos, puede apreciarse la labor cotidiana de grupos, de inteligencia colectiva, de herramientas convivenciales y de proyectos horizontales de creatividad que apuntan a acrecentar las potencialidades de los instrumentos, aún no aprovechados

del todo por los usuarios comunes. Esto habla de un horizonte de desarrollo, aunque el momento presente muestre su faceta mayoritariamente anclada en la "brecha digital", forma negativa que se suma a las ya existentes "brechas analógicas".

En el otro lado de la frecuencia, tercer eje, se reconoce un peligro inherente a estas sociedades de libre producción de información y contenidos sin control de calidad ni de cantidad. Se trata del riesgo de la indigestión informativa, largamente anunciado por Baudrillard desde hace casi tres décadas. Uno de los problemas del universo digital es que facilita la producción y publicación de contenidos, aumentando descontroladamente el universo ya de por sí enorme de la información disponible. El resultado paradójico es que la información termina desinformando, se torna un factor de desorientación, de insignificancia y de pérdida de sentido, algo que suele afectar a los ciudadanos contemporáneos, tan preocupados por informarse que terminan finalmente ahogados en un mar de información que se ha vuelto tóxica. La información de calidad, de valor, estratégica, que permite hacer panoramas, tiende a volverse crucial, pero justamente, se inserta en las redes habituales en crecimiento, conviviendo con una banalidad general que en la práctica la suprime. Eso sucede con el periodismo y las agencias informativas en sus diversos formatos, con la enorme proliferación de textos generada por los blogs, pero pasa también con la imagen y con el complejo audiovisual exponencialmente multiplicado por los actores comunes y corrientes no profesionalizados: lo objetivado como producto supera ampliamente las capacidades del sujeto que las apropiaría, siguiendo el clásico mecanismo de "corrimiento hacia la x" de un sujeto individual que se ve superado y eliminado por lo que produce en tanto que miembro de una cultura o de un colectivo. Esta situación de desacople permanente recuerda por otros medios la "tragedia de la cultura" originalmente reconocida por Simmel a principios del siglo pasado, algo que con estas tecnologías se expresa con toda su paradójica potencia paralizadora. Y se trata de algo paradójico, porque surge de la autonomía creciente, del valor acrecentado y del entusiasmo de individuos que ganan en confianza y que se sienten autorizados a

expresarse, más allá de la consideración negativa que podría inhibirlos, contribuyendo a su propio extrañamiento.

En este punto, lo que articula el cuarto eje, las nuevas tecnologías facilitan la publicación de contenidos, pero también su producción, pues se trata de aparatos con procedimientos amistosos que invitan a hacer y a compartir, más allá del supuesto valor que pueda tener lo que se produce y se publica. Las tecnologías de la información actuales abren márgenes crecientes de creatividad e intervención de personas que en otras situaciones hubieran permanecido en el silencio o en el anonimato. La creatividad es una consecuencia de la combinación infinita que posibilitan las nuevas tecnologías digitales que proliferan con base en el acople de una serie de aparatos modulares, no hace mucho, completamente estancos y heterogéneos entre sí, como computadoras, máquinas fotográficas, grabadores y reproductores de sonido o de material audiovisual, consolas de videojuegos y, con el tiempo, teléfonos celulares. Esta conectividad entre objetos modulares y portátiles aumenta la probabilidad de los registros, la combinación entre los mismos y los resultados híbridos, inesperados e incluso inéditos a los que este tipo de operaciones puede hacer lugar. Aunque no se lo mencionó explícitamente, en este caso se hace alusión a lo que se conoce como "prosumidor", el nuevo paradigma de la relación con los medios digitales, una suerte de mitad de camino entre el consumidor y el productor, favorecido por el carácter amistoso de estas nuevas tecnologías.

Una consecuencia de este tipo de operatoria se relaciona directamente con el quinto eje común que es el impacto que se produce en la subjetividad a partir de la difusión masiva de estas tecnologías. Aunque en este punto no hubo un acuerdo completo, se reconoce en todos los casos la importancia que tienen las computadoras e internet en la configuración de, por ejemplo, nuevos escenarios de seducción, formas de vinculación interpersonal y modos de construcción de lazos afectivos, situaciones que de acuerdo con la perspectiva más o menos determinista de los participantes en el debate pueden verse acompañadas, impulsadas o producidas por las nuevas tecnologías. No todo es consenso en este punto y las diferencias giran en torno a la tecnología entendida como causa eficiente de estas nuevas formas de relacionamiento y

comunicación cotidiana, algo que algunos prefirieron limitar y hasta colocar en un plano derivado de los cambios de costumbres y de las relaciones afectivas y sexuales, previos a los cambios meramente tecnológicos.

Por último, el sexto eje, se relaciona con el conjunto de prácticas de intervención sobre lo público y el proceso de toma de decisiones que se abren a partir de Internet y su crecimiento masivo. En este punto, tampoco hubo un acuerdo respecto de la potencialidad participativa que supuestamente encierran las nuevas tecnologías. Se argumentó sobre la diferencia existente entre comprenderlas como mero medio para ser utilizado a favor de formas de movilización tradicionales –directivas, jerárquicas y descendentes- como suele suceder con los partidos de izquierda señalados, y las nuevas formas de ciberactivismo o de usos alternativos que politicen las formas mismas de la comunicación, con un ejercicio comprensivo y a la vez crítico de lo que estas innovaciones tecnológicas pueden ofrecer. Este punto que, más allá de la prudencia con la que se lo expuso, suele magnificarse desde las opiniones de los militantes pro-tecnología, fue mitigado con un argumento basado en el acceso: ¿qué sucedería si se generalizara el acceso a la red, se liberaría ese potencial de intervención? La duda queda expuesta y abierta para ser contestada. Algo que por sí o por no, tampoco afecta el argumento sobre la novedad de estas herramientas y la subutilización que se hace de ellas cuando se las “aprovecha” como un mero medio. Con Internet, es claro que el ejercicio de la propaganda se torna impar y poco prometedor, en la medida en que circula en un medio que funciona por la demanda y no por la oferta y que tiende a multiplicar opciones permanentemente, algo que sin dudas afectará con el tiempo a las formas de comunicación política.

Finalmente, a pesar de que los interrogantes centrales siguen sin lograr acuerdos, es claro que un conjunto de problemáticas se han iluminado con el diálogo, las discusiones y hasta incluso con los disensos que estuvieron claramente planteados sobre la mesa. Como decíamos al principio, es difícil discutir y acordar sobre fenómenos que no han terminado de tomar forma. Pero para ser sinceros, con los objetos con los que tratamos habitualmente en las ciencias sociales, hay que reconocer que también es difícil encontrar procesos que hayan concluido y faciliten

la reflexión que los contenga. Por lo general nos movemos por aproximación, de manera tentativa y con conclusiones que son parciales y provisionales. Sin embargo, lo mejor de nuestras tradiciones disciplinarias consiste en el aporte de los intentos ambiciosos, aunque tuvieran aristas oscuras o aspectos rápidamente obsoletos. Poder tocar la ola en el momento de la rompiente aunque caiga de inmediato implica tomar riesgos, algo que se hizo generosamente en la discusión y dio como resultado algunos chispazos que nos permiten ver mejor en un ámbito que lenta pero sostenidamente comienza a aclararse.